



AYER y HOY



N.º 15

Abril - 1950

NUESTRA PORTADA

Un grabado en madera de
TOMÁS LLORENTE

En el reciente concurso de carteles organizado para premiar el que ha de anunciar las próximas fiestas del Corpus Christi toledano, ha conseguido el Primer Premio el presentado por Alfonso Bacheti Brum.

* * *

Antonio Moragón ha obtenido un nuevo y brillante éxito con otro cartel, presentado para el concurso del II Congreso Nacional de Ingeniería, celebrado en Madrid, al ser galardonado con el Tercer Premio, de 5.000 pesetas, mientras el Primero y Segundo quedaban desiertos.

Nuestra felicitación sincera a estos dos amigos y asociados a "Estilo" por los nuevos éxitos, que añaden a su ya brillante historial de cartelistas.



Aquella Semana Santa de Bécquer en Toledo

«Desde que el camino de hierro ha puesto la Ciudad Imperial casi a las puertas de Madrid, aumenta de año en año, y de una manera sensible, el número de viajeros que acuden en esta época a presenciar las ceremonias y cofradías que han hecho célebre su Semana Santa».

Como la línea férrea de Madrid a Toledo se abrió a la explotación a mediados de 1858, es de suponer que Bécquer escribiese estas impresiones hacia el 1862; las acompañaba de un dibujo del grupo de armados que iban custodiando el Santo Sepulcro, y el artículo se publicó en las columnas de «El Museo Universal», periódico en el que colaboraba desde el año 1861.

En Bécquer, excelente dibujante, tenemos un curioso procedimiento artístico; tomaba, como punto de partida para su inspiración poética, un diseño del asunto, hecho en papel. Podríamos, al conocer las admirables pinturas del Duque de Rivas y de Pérez Galdós, creer que ésta fué una modalidad del Romanticismo si no nos constase que también Lope de Vega, cuando escribía sus comedias, se entretenía, en pintar con la pluma pájaros y motivos que le ayudaban a atraer el concepto rebelde.

Al comenzar su leyenda toledana «Tres fechas», unos años antes, escribía: «Limpié el polvo a mi cartera de dibujo, me la puse bajo el brazo, y provisto de una mano de papel y media docena de lápices... me encajoné en un vehículo para recorrer, en sentido inverso, los puntos en que tiene lugar la célebre comedia de Tirso «Desde Toledo a Madrid».

Después que han desfilado los penitentes, sigue escribiendo Bécquer, y detrás de las andas del Descendimiento de la Cruz, se ven los armados, que, en número de veintiséis, y revestidos de corazas, cascos y coseletes, forman una escuadra que precede, rodea y sigue a las andas donde José de Arimatea y Nicodemus sostienen la urna.»

Lo que más le impresiona es el silencio: «Caía grave en el silencio la voz de bronce de las horas»; el juego de sombras en la noche, le transporta a otro mundo, ante la visión de los penitentes que se reflejan sobre los muros.

«Atraído por esta dulce melancolía, decidí pasar estas solemnidades todos los años en Toledo». Por excepción, se trasladó un año a la de Sevilla y otro a la de León; pero su triste musa no comprendió el sentido de aquellas procesiones, llenas de ricas exhibiciones, de imágenes sonrientes, bajo palios sembrados de perlas y flores; se sintió extraño en su propia tierra. En León, admiró el fervor y devoción de los predicadores ante la escena del Encuentro, la religiosidad de los fieles, pero no destacó una emoción saliente para su espíritu impresionable.

El año antes de su muerte, transcurrió todo en Toledo. Había escrito en 1857 su «Historia de los Templos de España», en cuyo primer tomo describía la Basílica de Santa Leocadia, las iglesias de San Juan de los Reyes, Cristo de la Luz, Santa María la Blanca y la Sinagoga; quería continuar su obra con la historia de otros monumentos toledanos, pero la fiebre le retiene, aquella última Semana Santa de su vida, en el lecho. En sus delirios, el poeta se sentía en una región de músicas sobrehumanas, rincones de soledad, como los ecos de su arpa casi muda; o creía hallarse entre sacrilegos robadores de ajorcas, entre profanadores de estatuas, que provocan la ira de los muertos, o judíos que sacrifican mujeres inocentes. ¡Y después de aquella Semana Santa de 1869, Bécquer no volvió a Toledo!

CLEMENTE PALENCIA

Acusación ante Cristo

Señor Jesús: Nosotros somos los hombres que se llaman cristianos, los que algunas veces te defienden y muchas más te ofenden, los que te invocan cuando sufren y te olvidan cuando gozan, los que hablan de seguirte y nunca están en tu camino doloroso porque no saben crucificarse alegremente, romper en júbilo por una muerte que es vida y parar en lágrimas por una vida que es muerte.

Somos hombres de la ciudad que vivimos friamente alejados de las campiñas y de las cumbres que cantan la armonía de tu hacer divino y de tu cuidar amoroso. Nos rodea un mundo artificial que nos hemos ido inventando con la inteligencia que nos diste para hallar el sentido providente, natural y sobrenatural, de las obras salidas de tus manos. Ya no sabemos adivinar tu magisterio eterno porque resbalamos con nuestro inhumano dinamismo sobre todo lo que nos ofreces: tu palabra luminosa en nuestro espíritu, tu amor en nuestra miseria, tu gozo en tu victoria sacrificada, tu complacencia en los limpios de corazón, tu sufrimiento en los desahuciados por los que nos llamamos sus hermanos... Y lo somos: sus hermanos malos. Los que no vemos renovada tu imagen viviente en los Cristos dolientes de esta tierra y de este siglo, sin saber de nuestra caridad.

Somos hombres metidos en lo nuestro con el puritanismo soberbio de los que no se rozan con las gentes humildes y burdas de tu pueblo, con los pobres y los pecadores de tu predilección, por no contaminarse, aunque vayamos a la negación como cristianos y a la esterilidad como hombres.

Nuestros estudios nos vuelcan sobre libros y laboratorios, para desentrañar problemas en una entrega casi absoluta y nos embelesan en el descubrimiento de incitantes panorámicas culturales. Nuestros negocios nos hacen sacudirnos en una sutil fruición materialista que nos empequeñece. Nuestras creaciones y nuestras empresas nos preocupan como algo perfecto y definitivo, debido sólo a nosotros y destinado sólo a nosotros. ¡Somos soberbios, Señor!

Nos duele en nuestra vanidad que se nos estime como a hombres sin personalidad, de biografía corriente, de ideas sencillas, de vida sumisa. Nos resistimos íntimamente, entrañablemente, a ser hombres grises.

Queremos ser, Señor, como Tú no fuiste en la locura de hacerte hombre por redimirnos. Como Tú no nos quieres, aunque nos ames.

Tú tuviste treinta años vulgares, apacibles, oscuros, grises. Sin multiplicarte en grandes misiones sociales ni en tareas absorbentes, sin obras deslumbradoras ante los hombres, sin apenas aventuras en qué evadirte de la monotonía y del paisaje de tu poblado. Treinta años metido en una clase social humilde y entregado a un quehacer tosco, con las jornadas movidas al ritmo del trabajo penoso y sustentador. Treinta años sin más historia que la íntima y desconocida historia familiar y artesana.

Y con tu monotonía externa, tu avance interior: ganando y ganando las cotas de esa vida nueva que llevamos en nosotros y que Tú viniste a descubirnos.

Nuestra acusación es ésta, Señor: la de que vivimos una excesiva celeridad natural y una quietud sobrenatural que nos hace infecundos y hasta inhumanos. Nuestra culpa es mayor porque tenemos tu ejemplo. Y porque lo conocemos. Y porque decimos seguirlo.

¡Así somos, Señor! Pero queremos no ser así.

Tú, que nos trajiste un nuevo estilo de vida —la belleza de tu humanismo desconcertante y revolucionario—, ábre-nos el misterio de tus enseñanzas: de tu humildad maravillosa, de tu actitud profunda y de tu serenidad superior ante los problemas de los hombres, ante su pequeñez y su grandeza. Porque queremos aquietar nuestros miembros hacia el mundo y acelerar nuestra alma hacia Ti.

LUIS ORTEGA HERRÁIZ

“PASIONES” CANTADAS

Por MANUEL E. INFANTES

El lenguaje fundamentalmente expresivo de los sonidos se ha prestado siempre a enaltecer hechos sublimes, bien intentando su expresión en música pura como modernamente se hace («Nuevo Mundo»), bien compenetrándose con algún texto literario para constituir una sola unidad harmónica: el canto («Cantores de gesta»). Todo lo grandioso expresado oralmente o por escrito, impresiona, y es motivo de inspiración al compositor de este estilo que procura «ponerle música», y si acierta con la frase melódica adecuada a la expresión literaria, consigue la nueva obra que cede ante la fuerza de atracción del nuevo arte, pasando a ser una composición musical y nunca una poesía o narración «con música».

El caso es distinto, cuando la parte literaria es tan extensa, que no se presta al canto, sino más bien a una representación; entonces no hay más alternativa que modificar el texto o acomodarse a él, teatralmente, con la introducción de un nuevo arte escénico, en forma de personajes variados, diferencia de voces y entonaciones, etcétera, etc.

Tal es el caso de la Pasión de Nuestro Señor. No se puede hallar motivo más fundado de seria inspiración, no hay hecho humano más sublime, y, sin embargo, la extensión de los textos evangélicos, su sencillez impresionante, y sobre todo esto, el respeto que dimana de ellos, hace nacer la excepción, siendo juntamente con la Misa, las dos únicas composiciones que ceden ante su texto sagrado, siendo siempre Pasión y Misa «Cantadas». Este mismo respeto, cohibe la representación teatral, obligando a los compositores a definir una nueva forma que, como veremos ahora, ha tardado muchos años en perfilarse y ha pasado por variadas etapas.

Lo primero que se intentó, sin que se pueda asegurar rotundamente, pero sí con grandes probabilidades, fué una discreta representación en antiguos Oratorios, por medio de Coros, sistema que salió a la luz pública en la «Sacra Representazioni» de Italia, especie primitiva de Auto Sacramental o quizás «Opera Sacra», de las cuales se conservan sólo descripciones, destacándose la que se celebró en Viterbo, en 1462, que debió ser una de las últimas.

La primera «Pasión» totalmente cantada que se conoce, data del siglo XV, en Alemania, y según Franz Mone, en su obra sobre «Comediantes de la Edad Media», según el sencillo tipo coral inspirado en textos gregorianos, estilo que llamaremos tradicional, muy apropiado para el austero siglo XV, pero que en el esplendoroso siglo XVI, cayó en desgracia, resultando arcaico y falto de variedad, por lo que varios compositores emprendieron la labor de reformarlo, resultando el primer movimiento innovador.

Fué el belga Hobrecht el que en 1538 dió el primer paso, atreviéndose a mezclar el contrapunto en el severo estilo gregoriano, lo que animó a sus

contemporáneos a continuar la reforma, sin otro fin que lucirse, llegando a fin de siglo con tal cantidad de aditamentos, que aparte de la pérdida del sentido unitario y de carácter, la «Pasión» resultaba mucho más extensa y casi imposible de escuchar. Gesius, por ejemplo, intercaló en la interpretación «varios dúos, arias y otras piezas de carácter profano». Lógicamente, la reacción vino en seguida. La forma tradicional, el simple coral gregoriano que se había refugiado en la iglesia, acabó por vencer en gran parte a la nueva corriente, y así, al final del siglo XVI y principio del siguiente, resultó un tipo mixto, en el que el Evangelista cantaba según la tradición gregoriana, y los demás personajes, excepto los destacados de Jesús, algunos Apóstoles, Pilatos y otros, cantaban en solo. Esta forma se prestaba a la gran variedad, esmerándose los compositores en los motetes y coros, de discípulos y pueblo. Así se salvó la excesiva longitud de una total interpretación polifónica, y la monotonía de un solo o coro monorde para todo el texto, aunque en realidad, sólo se consiguió volver atrás, perfeccionando la forma creada por Hobrecht.

Los operistas de Florencia y Venecia, también compositores del terreno religioso (Monteverdi m. 1643, Gagliano, y otros más), perfeccionaron este tipo de «Pasión», consiguiendo algunos de gran efecto y belleza, aunque poco o nada litúrgicos.

En este momento, aparece el primer genio en la modalidad. Heinrich Schütz «Sagittarius», primer músico alemán de su tiempo (1585-1672), que estudió en Italia y escribió la primera ópera alemana. Sus «Pasiones», compuestas ya en la segunda mitad del siglo XVII, son verdaderas obras maestras, de gran espíritu, con la fuerza dramática necesaria y la seriedad de expresión que a tal texto corresponde. En una de ellas, «Según S. Mateo», introduce el acompañamiento orquestal o de órgano para reforzar el estilo «a capella», que se venía empleando, innovación acertada que J. S. Bach recogió en sus «Pasiones», obra cumbre en su género, aunque tampoco muy litúrgica.

Ante Schütz, comprendieron los compositores que no podían destacar, y de nuevo la reforma extravagante inicia su camino, se adulteran los textos por los literatos (?) Postel, Hunold y Brokes, y son muchas las «Pasiones» que solamente se interpretaron una vez.

De Juan Sebastián Bach nada se puede decir que no sea sabido y elogiado, si bien es curioso notar que siendo el autor que más gloria ha dado a las «Pasiones», sólo la autenticidad de la «Según S. Mateo», no se puso nunca en duda; hoy en día tampoco se le discute la «Según S. Juan» (intercalando textos de Brokes, que ordenó revisar por la iglesia), y tampoco la tercera «Según S. Lucas», se discute, pues ciertamente es apócrifa. De la Pasión «Según S. Marcos», sólo quedan noticias y la tradición de que pasó

con algunas modificaciones a la «Oda fúnebre para la muerte de la reina Eberhordine». Una cuarta «Pasión» compuso Bach, ilustrando un texto de Picandel, su libretista habitual, pero más se acerca al Oratorio que al género definido ya y perfeccionado por las otras tres, género grandioso, mezcla ponderada de voces en solo, corales en fuga, y acompañamiento orquestal y de órgano. Cualquiera que juzgue a Bach tan sólo por estas obras, admitiría fácilmente que el músico de Eisenach no es el escolástico calculador y frío de los conciertos de Bradenburgo o del Clave bien temperado, sino que se deja arrastrar por la emoción, y dentro de sus formas acostumbradas, siente el dolor, la alegría y el drama, con la misma expresividad que lo pudiera hacer un Mendelssohn.

En España el movimiento es paralelo a éste, con la diferencia de que la invasión y desnaturalización de la música religiosa, no llegó aquí hasta principios del siglo XVIII (coincidiendo con la recaída que siguió a Schütz), y de que la Escuela Polifónica Española, por su enorme fuerza dramática, consiguió, en el primer paso, lo que había de ser el último, en lo que al aspecto litúrgico se refiere.

Los españoles nunca pensaron en sacar la «Pasión» de la iglesia, como no fuera en Autos Sacramentales, sin carácter musical; por eso no rompieron el austero procedimiento «a Capella» del estilo litúrgico tradicional, y en sus coros, la polifonía contrapuntística con el marcado sello de severidad español, consigue no romper la unidad sublime y patética del texto.

Guerrero, de la escuela sevillana, en su «Liber Vesperorum» (1584), dedicado a Felipe II, dice que jamás pretendió acariciar con sus cantos los oídos de las personas piadosas, pues lo que estimaba por encima de todo, era excitar las almas a la devota meditación de los sagrados misterios. Guerrero es autor de dos «Pasiones», editadas por H. Eslava.

Tomás Luis de Victoria concibió en el siglo XVI la «Pasión» tal como hoy en día se canta en la mayor parte del mundo católico. Solo del Evangelista, en el estilo tradicional, y exactamente los personajes destacados (hoy en día, Nuestro Señor, representado por el bajo, y pueblo o voces, sean de quien fueren, el tenor), y coros polifónicos para los versículos más importantes, y aquéllos en los que habla todo el pueblo o varios apóstoles. Son célebres y magníficos los «Improprios» de Victoria, interpretados en varias iglesias españoles el día de Viernes Santo.

Desde J. S. Bach hasta nuestros días, nadie ha emprendido la tarea de ilustrar seriamente una «Pasión». El género formado y perfeccionado, tanto en su modalidad teatral como litúrgica, no ha tenido innovadores, sino en pequeña escala (composiciones polifónicas sobre algunos versículos, motetes, etc., pero nunca una «Pasión» completa). Y creo que con todas estas notas recogidas de aquí y de allá, es suficiente por hoy.

TOLEDO EN EL ARTE

MOTIVOS DE LA SEMANA SANTA

Por GUILLERMO TÉLLEZ

De la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo

Al acercarse estos días, parece obligado tratar los temas que el arte de Toledo dedica a la Semana Santa, más abundantes en nuestra ciudad de lo que a primera vista parece. Empezaremos nuestra excursión imaginaria por la escultura, arte que mejor caracteriza la Semana Santa en España.

El trasaltar mayor de nuestra Catedral presenta las escenas más salientes de la vida de Cristo, figurando entre ellas el Domingo de Ramos y la Cena; ésta, presentada muy cenital, inicia soluciones del barroco que usó Ribalta en Valencia.

La Cena se ofrece también con gran aparato en la fachada principal del mismo Templo, pero es obra más grande que acertada y de poca visualidad. Su restauración total se adjudica por unos a Durango, a fines del XVIII, y otros creen que la reconstrucción de la fachada se hizo a partir del Renacimiento, lo que la haría muy cercana a la terminación de la primera obra gótica. Los que así piensan, adjudican sus figuras a Monegro. Aunque las tenemos poco estudiadas, nos parece que se acercan más al barroco, y la verdad deberá estar entre aquella adjudicación y la obra de Durango.

De gran movimiento es la Santa Cena que preside el transparente de Tomé. Sin que vayamos a decir si está bien o mal, recordemos que siendo el tema principal de la obra, resulta lo más confuso de la misma, siendo preciso fijar bastante la atención para poderla percibir con claridad.

Bien conocido es el Descendimiento del trascoro. A pesar de su adjudicación a Copin, que creemos fundada, y su analogía con las estampas flamencas que arrancan de Wan der Weiden, hay algo en este Descendimiento que nos anuncia lo que habrán de ser los pasos procesionales españoles, en los que muchas veces falla la composición del grupo y las figuras de los malos (?) suelen caer en lo grotesco.

El Entierro de Cristo de Diego Copin, en la cripta del Altar Mayor de la Catedral, a pesar del ambiente gótico de este maestro, nos recuerda algo las composiciones de ritmo igual de algunos Calvarios italianos en terracota.

Entre los crucifijos de mérito, recordamos el Calvario que culmina el retablo

del Altar Mayor de la Catedral, obra más de efecto que de detalle, y el ingente de Villalpando coronando la reja que protege el Presbiterio.

Santa Isabel de los Reyes tiene, o tenía, un buen crucifijo gótico, y el retablo mayor de su coro culmina también en un Calvario muy bueno del Renacimiento. El Museo de San Vicente conserva dos Cristos de gran valor en materiales bien distintos: uno pequeño, de marfil, regalo de un Papa y adjudicado a Miguel Angel —acaso sin razón, pues no tenemos entendido que Buonarrotti trabajase la evoraria—, y el otro, cuyo mérito estriba en tratarse de uno de los pocos forjados en hierro y ser de gran estilo dentro de su técnica.

De gran valor, desde el punto de vista arqueológico, es el Calvario que sobremonta la puerta, hoy sin servicio de San Juan de los Reyes, de un gótico muriente. En vez de la figura del Crucificado, aparece sobre la Cruz el pelicano dando su sangre a sus hijos, símbolo de la Eucaristía. Tiene además el valor de que identifica en lo posible otra obra análoga en San Andrés, donde sólo queda la Cruz con el pelicano y las ménsulas que tuvieron las figuras de María y San Juan.

También es buen Calvario, ya del Renacimiento, el que corona el retablo del coro de Santo Domingo el Real.

No recordamos grandes ejemplares con la Virgen entre los temas de la Pasión en las obras de escultura conservadas en Toledo. Solamente acude ahora a nosotros el recuerdo de la Dolorosa de Pedro de Mena, que se custodia en el Museo de San Vicente.

Puede agregarse a este ciclo de temas escultóricos de la Pasión, el Salvador Resucitado que el Greco hizo para coronar el Sagrario de San Juan Bautista, una de las pocas esculturas del cretense, pero suficiente para reputarle como artista que construía perfectamente la figura humana y que dominaba los secretos del desnudo en el hombre, como tantas veces hemos dicho.

Pintura.—La pintura tiene manifestaciones más valiosas que la escultura en lo referente a temas de la Pasión. Las tablas más antiguas que se conservan en

la Catedral, las de la Capilla Bautismal y San Eugenio, contienen escenas como el lavatorio de Pilatos. También aparecen en los frescos de la de San Blas, y los de Juan de Borgoña en la Sala Capitular. Atribuidos a este mismo autor figuran retablos en el Museo de San Vicente, entre cuyas tablas hay una buena Piedad. Juan Bellini aparece firmando un gran cuadro con el entierro de Cristo, que se conserva en el vestuario adjunto a la Sacristía de la Catedral. Con esta tabla, que consideramos agrandada, están bien representados en la Primada los antecesores de Ticiano, si bien Méndez Casal lo adjudica sólo a su escuela o taller.

En la propia Sacristía, Morales tiene una buena Dolorosa, que hoy está ampliada y con zonas muertas a los lados. Las capillas laterales de la Catedral presentan varios temas de la Pasión, y entre ellos recordamos la Piedad del siglo XVI en el retablo del coro de la Concepción.

Las guías antiguas registran en las Capuchinas un Santo Entierro del Tiziano, hermano de los del Louvre y el Prado. Caso de haber existido dicha obra, debió hacerse de ella copia abundante, pues hay varios ejemplares en Toledo (en Santa Leocadia, San Vicente, Santa Justa y en la Catedral), y muchos por España (en Salamanca, dos en Palencia y la mejor en Soria). Para nosotros es interesante esta obra, en el arte toledano, porque como hemos dicho otras veces, motiva la composición del Entierro del Conde de Orgaz, corroborando esta opinión nuestra el Santo Entierro, que publica Gómez Moreno, hoy en París, y otro menos conocido que ha recogido Camón Aznar en su última obra.

Y con esto hemos llegado a la cumbre de la pintura toledana, o sea, el Greco. El tema de la Santa Faz lo tiene en Santo Domingo el Antiguo y en San Vicente; la despedida de Jesús a María aparece dos veces en San Vicente, creyéndose auténticas ambas obras; el calvario, con los típicos fondos toledanos, está en el Museo del Greco y en San Vicente. A pesar de todas estas obras y de la Resurrección del Salvador en Santo Domingo el Antiguo, la definitiva del cretense, en temas de la Pasión, es el Expolio, del que se conservan dos dúplicas en Toledo: la de Santa Leocadia, hoy en San Vicente, y otra en la misma Catedral. Mucho nos llevaría el describirla, pero para nosotros, la frase que mejor la define, es la de que el protagonista del cuadro, pictóricamente, es la mancha roja de la túnica, de una modernidad tal, que sólo Sorolla se le acerca, y es tanto mayor acierto cuanto que no anula la intensísima expresión de la cara de Jesús, una de las mejores del mundo.

Tristán sigue algo de cerca a su maestro en los crucifijos, tal como el muy aceptable de Santo Tomé, procedente del Salvador.

Entre la no abundante pintura religiosa de Goya, aparece el prendimiento de Cristo, de la Sacristía de la Primada; cuadro un poco confuso con cierta tosqueidad típica de don Francisco. Aunque curioso e interesante, no hay por qué compararlo con el Expolio, y si se nos ocurre hacerlo, sepamos que es lugar común, ya dicho hace años.

La capilla del Nuncio conserva un Cristo en la Cruz, que algunos dan por Goya y otros por buena copia. Y con esto acabamos, pues si no lo está el tema, si lo va estando el tiempo que debe otorgarnos el discreto lector. Para no ser pesados, hemos omitido los temas de la Cruz, que origina el ser Mendoza Cardenal de esta advocación en Roma, y los no escasos de la misa de San Gregorio, bien abundantes, pero citados por nosotros en más de una ocasión.



DOS VIBRACIONES

Ahora estoy triste, pero pronto me alegraré.

Cristo resucitará cuando el verde nuevo cubra el campo y el aire esté limpio y regocijado.

Llenar de amable dicha los tímidos rincones y las lilas recién abiertas.

Y habrá más luz.

Por eso, aunque ahora sufro por El —Cristo y cruz. Perfil sobre un oscuro cielo—, confío en la nueva vida que se prepara, y el gozo de la esperanza está tembloroso en mí.

Yo sé que las yemas tiernas, en las ramas, contienen a duras penas su impulso de vida casi con dolor y daño.

Ellas están esperando.

Cuando el hábito joven de Jesús glorioso se extienda más y más sobre el monte lejano, sobre las amapolas, sobre las margaritas y campanillas..., toda la energía contenida se dejará desbordar generosa y dulce, espesa, en ramas, en gozo.

El Señor resucitará un día no lejano, y a tí, amado, te traerá la fe.

No la esperas ya porque hace tiempo dejó de atormentarte la confianza en el milagro, pero si tus ojos fatigados y viejos pudiesen percibir, verías que el sol infantil y renovado, evidencia la alegría de la vida.

¿Por qué te ries, di, de mi alma de niño con el asombro fácil entre cualquier maravilla?

Yo, torpe, callo a tu lado, como un pájaro asustado. ¿Qué he de decirte, pues?

Resucitará Cristo, mi esperanza. Camino de Emaús le hallaré.

Será un precioso encuentro velado.

Y antes de irse, se hará conocer en el partir del pan.

(«Quédate, Señor, porque anochece»).

Su sonrisa grande, y cuajada en el aire, sembrará una graciosa nube como un vellón.

Piensa que al quedarme sola llenaré el delantal de flores sencillas y correré al sepulcro.

Un ángel en la entrada, ante la losa movida, me dirá: «Resucitó, no está aquí».

Y yo gritaré por el monte, la melena al viento:

«Alegrémonos, porque una nueva vida nos ha sido concedida».

MARÍA PAZ PUERTAS

Si la religión es lo que el hombre busca en sus horas de soledad, escudémonos en la abstracción absoluta de un apartamiento simbólico.

Si el mismo cielo, en su inmutable perennidad, rasga el trasluz de su misterio para que el dolor traspase el umbral de su bienaventuranza, justo es que su omnimoda magnitud abarque el insensible caminar de esta ciénaga terrena. Y puesto que es Dios-Hombre el que padece y expía, nada más lógico que este hombre por El redimido le acompañe y conmemore en su dolor: Hé aquí la Semana Santa. No ya la celebración jubilosa de su estancia entre nosotros, sino la consciencia severa y trágica de su paso sangriento. No ya los cánticos bucólicos de ingenuas bienvenidas, sino las alegrías plañideras de ingratitudes abrigadas. Apenas el ámbito estridente, con ecos de hosannas insentidos, y ya sangrando lamentos de deicidios consumados. Grandeza infinita de Dios que consiente el frenético homenaje de un recibimiento caluroso para que le suceda la despedida lúgubre de un abandono perfecto. Ruindad vergonzosa del hombre que esquivo zahareño el sufrimiento de quien le renueva y le acusa por la fuerza de su verdad, y le desdeña por la magnificencia de su amor, y le condena por la grandeza de su misericordia.

Ya está Dios solo en medio de la insensatez ditirámica de quienes le odian. No le dejemos nosotros. No seamos sicarios como Judas, ni cobardes como Pilatos, ni olvidadizos como Pedro. Seamos cirineos y compasivos para El que carga con nuestra ingratitud. Estemos presentes en el Calvario, pues que fuimos testigos del Tabor... Oigamos el estallido de las tumbas entreabiertas, con la misma confianza y entrega con que nos embelesaron las divinas misteriosas palabras del velo tupido en el monte del éxtasis, y que los niños lloren y los hombres se estremezcan; que se sobrecojan nuestras entes y se ablande la coraza fiera de nuestra insensibilidad. Que se paralice la marcha loca de los tiempos y la ciudad se torne santuario para encerrar la sublime grandeza del martirio de un Dios... ¡Silencio! Acompaña el rígido clarín el cortejo cruento. Démosle lo más sencillo y grande para su ornato. Las calles para su paso, conmovidas, vibrantes, silenciosas; las flores para su ofrenda; elocuentes, limpias, puras; los cirios para su reparación; cilicios que se consumen como ascetas en holocaustos:

Cada calle un tabernáculo entreabierto...

Cada flor un suspiro fragante...

Cada cirio una lágrima de cera...

Dejemos la gracilidad estilística para los dioses paganos. Dejemos la severidad imponente para los ritos protestantes. Es nuestro Dios infinito quien cae en el paroxismo de la iniquidad. Démosle la sinceridad ostensible de nuestro arrepentimiento.

Una plegaria, un llanto escondido, un culto callado de entregada adoración.—M.^a JOSÉ RODRIGUEZ DE TORRES Y ORTA.

Amor de los españoles a Jesús Crucificado

España, pueblo escogido de Dios, nación de providenciales destinos, pueblo grande, pueblo nobilísimo, pueblo sin igual, brazo derecho de la iglesia, héroe de las más altas empresas, vergel de santos, envidia del mundo, terror del infierno, la nación soldado de Dios, la nación su apóstol, la nación su corona más espléndida, la nación patrimonio y dote de su Madre Inmaculada, la nación pedazo de su cielo en la tierra, ha tenido, como ningún otro pueblo del globo, un amor extraordinario a Jesús Crucificado, ha sentido su corazón palpitar de emoción y ternura ante la santa y bellísima humanidad de Jesús,

«muerto por los hombres,
por amarlos muertos».

en el ara sacrosanta de la Cruz.

Esta devoción a Jesús Crucificado, resorte de todas nuestras grandezas, la ha sentido y expresado el pueblo español en su alma y en su vida, en sus artes y en sus letras, en la paz como en la guerra. Nadie como el pueblo español, místico y realista a la vez, supo comprender en lo que cabe el profundo misterio de un Dios hecho hombre, por amor de los hombres, clavado en una cruz para redimirlos, con los brazos abiertos para ofrecerles asilo y refugio en su amante corazón. Ningún otro pueblo atisbó «la belleza moral, la

delicada emoción, el sentido metafísico, la soberana excelcitud de esa imagen que hace veinte siglos lleva tras sí el torrente fervoroso de la humanidad, empuja a las muchedumbres por todos los caminos de la tierra, domina las tempestades, preside las horas del amor y del dolor, señorea las cunas y los sepulcros, conmueve a los artistas, desconcierta a los sabios, transfigura a los héroes, a los apóstoles y a los mártires».

El pueblo de la mística teología y de los Autos sacramentales, y de María Inmaculada, es también, y sobre todo, el pueblo de la devoción a la Santa Cruz, de las procesiones solemnes de Semana Santa, el pueblo que enriqueció su literatura con multitud de obras sobre historia, sermones, meditaciones, plegarias y poemas sobre la Pasión y Muerte de Nuestro Señor; el pueblo de Velázquez, pintor por antonomasia de Cristo Crucificado; el pueblo que llevó la Cruz en las batallas de Covadonga, las Navas y Granada, Orán, Otumba y Lepanto, Garellano y cien mil más.

Este misterio sublime de Cristo Crucificado, encendió en amores a nuestros santos, enardeció el celo de nuestros misioneros, hizo valerosos a nuestros soldados, llevó a nuestros Reyes y Capitanes a luchar en defensa de la civilización cristiana, inspiró a nuestros artistas y empujó

a las más encumbradas regiones de la poesía a nuestros vetes.

De este amor subidísimo, surgió aquel soneto maravilloso, que el Padre Van Tricht afirma ser «la mejor poesía lírica de la literatura universal contemporánea»:

No me mueve, mi Dios, para quererte...

Y aquel otro bellissimo de Lope de Vega:

Pastor, que con tus silbos amorosos me despertaste del profundo sueño, tú, que hiciste cayado de ese leño en que tiendes los brazos poderosos.

Vuelve los ojos a mi fe piadosos, pues te confieso por mi amor y dueño, y la palabra de seguir empeño tus dulces silbos y tus pies hermosos.

Oye, Pastor, que por amores mueres: no te espante el rigor de mis pecados, pues tan amigo de rendidos eres.

Espera, pues, y escucha mis cuidados; pero ¿cómo te digo que me esperes, si están para esperar tus pies clavados?

Ante Jesús Crucificado, digámosle agradecidos:

TE ADORAMOS, ¡OH CRISTO!, Y BENDECIMOS, PORQUE POR TU SANTA CRUZ REDIMISTE AL MUNDO. AMEN.

PABLO LEÓN MURCIEGO
Profesor de Literaturas clásicas del Seminario Mayor de Toledo.

El "Lignum Crucis" Catedralicio del Domingo de Pasión

Por JUAN FRANCISCO RIVERA

CANÓNIGO ARCHIVERO

Para la Semana de Pasión —que es la que antecede a la Semana Santa—, la liturgia tiene un himno de inspiración inimitable, llamado el *Vexilla Regis*, los estandartes del Rey de la gloria: la Cruz, la lanza, los clavos. Contadas son las personas que en la mañana de este domingo, anterior al de Ramos, presencian la procesión, que se abre con una inmensa bandera negra con cruz roja, llevada por el beneficiado más reciente, a la que sigue la reliquia del *Lignum Crucis*, sobre andas de plata, a hombros de otros cuatro beneficiados. En el ámbito de la Catedral Primada, los neumas gregorianos del *Vexilla*, marcha triunfal elegida para este día, adquieren mística resonancia y se adentran en el alma con profunda emoción.

Esta reliquia de la Cruz de Cristo, «balanza en la que se pesó la redención del mundo», tiene una historia de siglos.

En el 1248, el arzobispo D. Juan de Medina de Pomar, regresaba de Francia trayendo buen número de notables reliquias y una carta del rey francés, San Luis, que se dirigía al cabildo y clerecía de Toledo. En ella manifestaba cómo por medio del citado arzobispo y para enriquecer más y más a la Catedral toledana, enviaba venerandas reliquias tomadas de los santuarios franceses y de las que existían en el tesoro de Constantinopla. Esta carta, firmada en Etampes, fué recibida con gran satisfacción por el pueblo de Toledo, pero con mucha mayor acogió el gran regalo que se enviaba. Entre otros varios recuerdos de la pasión del Señor, se encontraba una partecita de la cruz donde murió.

Hasta fines del siglo XVI, este sagrado lote de reliquias, donadas por San Luis, se veneraron juntas en un mismo relicario. Pero por estas fechas era embajador de Felipe II, en Venecia, un canónigo toledano, D. Guzmán de Silva, quien obtuvo allí en el monasterio de Santa Elena, donde tradicionalmente se decía reposar el cuerpo de la madre del emperador Constantino, un brazo de esta venerable mujer, a cuyo tesón se logró dar con el Santo Madero Deseoso por una parte el embajador de satisfacer el ansia de sagradas reliquias del monarca español y preocupado también por el esplendor del culto en su iglesia de Toledo, escribe a Felipe II el 28 de marzo de 1577, dándole cuenta del envío de dos huesos del brazo de Santa Elena «para que Vuestra Majestad pueda elegir de las dos partes la que más será servido, mandando reservar la otra para aquella santa iglesia (la de Toledo), porque crezca la devoción con sacar juntamente aquel día (el Domingo de Pasión) la reliquia... Ambas las reliquias se tomaron por mi mano de adonde está con gran veneración el cuerpo...»

Sin embargo, el deseo del embajador no tuvo pronta realización. Siete años pasaron antes de que otro canónigo de Toledo, D. García de Loaisa, notificara al cabildo la presencia en El Escorial de la reliquia de Santa Elena para la Catedral de Toledo, a quien Felipe II quería se entregase.

Entre trámites, mandamientos, poderes y viajes, se invirtieron todavía otros seis meses, hasta que por fin, el 19 de febrero del 1585, el canónigo D. Pedro de Ayala, comisionado para ello por el cabildo, llegó

a Toledo con la preciada reliquia, que quedó depositada provisionalmente y bajo llave, en la sacristía de la iglesia del Hospital de Santa Cruz. El 24, trasladóse procesionalmente, al Hospital de Santa Cruz, toda la residencia catedralicia; allí se encontraba también el Ayuntamiento con su corregidor D. Francisco de Carvajal, los personajes más representativos de la ciudad y muchos toledanos llenos de curiosidad y deseo de venerar la nueva reliquia. Hecha la entrega bajo testimonio notarial, organizóse una nutrida procesión, integrada por el clero y muchos religiosos de las distintas órdenes existen-



tes en Toledo; cuatro canónigos conducían sobre sus hombros las andas, donde se había asegurado el cofrecito que, envuelto en unos cendales de tafetán verde, guardaba aquel «hueso de Santa Elena... que tiene una sesma de largo y medio dedo de ancho».

En la Catedral, celebróse la Santa Misa, y, por la tarde, trasladóse la reliquia desde el Altar Mayor al relicario, cantándose el *Te Deum*.

Ya se había cumplido el deseo del embajador D. García de Loaisa, pero sólo en parte. Aquel mismo año, en la procesión del *Vexilla Regis* del Domingo de Pasión, acompañaba al *Lignum Crucis* la reliquia de Santa Elena.

El cabildo pensó, años después, en juntar en un magnífico relicario ambas reliquias. El encargado de ejecutar el proyecto del cabildo fué el platero Francisco Merino, de reconocida habilidad en la Catedral, por haber confeccionado, en 1569, el arca donde se guarda el cuerpo de San Eugenio. Ahora había sido contratado, para labrar otra arca semejante a la de San Eugenio, para el cuerpo de Santa Leocadia, llegado de Flandes en el 1587, y para hacer «una cruz de ébano y plata,

y figura de Santa Elena, y planta de plata, en que vaya la cruz y figura». En el 1601, se acabó de abonarle el último plazo de los gastos ocasionados por el relicario, donde se puso la partecita del *Lignum Crucis*, regalado por San Luis, «que tiene de alto una ochava escasa, y los brazos, que atraviesan, algo menos».

Este relicario del platero Merino, que pesa en total casi veintidós kilos y medio, y cuya fotografía adjuntamos, viene así minuciosamente descrito en los Inventarios de la Catedral: «Tiene en la suela, donde asienta una Cruz grande, quatro pirámides, a cada esquina la suya con letras y molduras, artesones y targetas, cartelones y quatro florones con jaspes y escudos de armas del Rey, Yglesia, Prelado y Obrero; sobre la dicha suela un banco de évano con diez y seis carteles y artesones y dos targetas, quatro jaspes y dos molduras que guarnecen esta peana y encima dos artesones con dos figuras de plata dorada de Adam y Eva, y luego otro banco pequeño con quatro cartelones y dos artesones con letras y seis engastes con seis zafires y encima un cuerpo con ocho columnas y cornisamento con frontispicio y quatro pirámides, y más arriba un banco cuadrado con seis engastes con seis zafires y encima una basa con quatro cartelas y quatro ovalillos esmaltados y sobre esto el Arbol de la Cruz, que es de évano con ocho artesones de plata blanca de una parte y otra y ocho jaspes y ocho cartelas que abrazan unos remates redondos y otros remates pequeños, y en el remate de arriba tiene el titulo *J. N. R. J.* y en medio de esta Cruz de évano está otra Cruz pequeña de plata dorada con viriles y a la redonda unos artesones de oro esmaltados y quatro rosillas de oro por extremos, y en esta Cruz pequeña está la reliquia de *Ligno Crucis*; ...y sobre la suela principal, detrás de la Cruz, hay otra más pequeña, donde está la figura de Santa Helena, de plata blanca, que arriba la mano derecha en el Arbol de la Cruz; tiene en el pecho una targeta y en ella un óvalo con una moldura dorada y un viril, donde está la reliquia de *Santa Helena*; tiene una corona imperial de plata dorada y por remate una Cruz.»

De esta forma, merced al mecenazgo del cabildo y al interés demostrado por dos canónigos, situados en puestos de gran valimiento, un renombrado platero reunió, en un suntuoso relicario, un trozo de la Santa Cruz de Cristo y un hueso de Santa Elena.

Trescientos cincuenta años lleva este relicario recorriendo el ámbito catedralicio en el Domingo de Pasión, sin que parezca que los toledanos se han dado mucha cuenta de ello.



SEMANA SANTA EN TOLEDO

Cuando se contempla por primera vez las Procesiones de Semana Santa en Toledo, una extraña emoción, que no se parece a ninguna otra sentida en casos análogos, se apoderan del visitante. Queda el ánimo suspenso mirando bajar lentamente esas largas filas de encapuchados negros, silenciosos, más parecidos a fantasmas que a hombres, a la luz temblorosa de los cirios, doblando una esquina o pasando lentamente por un cobertizo.

No puedo olvidar mi primera impresión de la Procesión del Silencio, saliendo de la Plaza de Santo Domingo. La hora avanzada, los rezos, y un Cristo moreno y admirable, sin flores, casi sin luces, por aquellos callejones... Magnífica setampa castellana áspera, y mística estampa de otros tiempos...

Recordaba yo entonces la Semana Santa andaluza, Sevilla, Málaga, Granada, y pensaba qué distintos matices pueden alcanzar las mismas cosas. Las Procesiones andaluzas, factuosas, llenas de un lujo oriental con sus oros y sus sedas, rasgada la noche tibia por ese canto tan justamente llamado saeta, en un ambiente sobrecargado de olor de cármenes, de los jardines, y no comparaba, admiraba con todo mi ser, esas manifestaciones tan distintas y tan parecidas, tan nuestras...

M.^a LUISA GARCÍA-PARDO

(Xilografía de Tomás Llorente)

TRÍPTICO

EN EL HUERTO

Tenso espíritu y músculo. Sangrando el poro y la oración. La tierra y cielo tocadas de un crepúsculo de duelo besan al sembrador que está rezando.

El cáliz del dolor ya gravitando sobre la redención, suspende el vuelo junto al labio que frunce el desconsuelo del desamor, cuando se vive amando.

Con el beso traidor, viento de espina y horizontes de escarnios hacen presa sobre la humana concepción divina.

El «Ego sun» define al León-Cordero que ansía coronar su santa empresa abrazando los brazos del madero.

CRUCIFIXIÓN

Rumbo a la salvación marcha el planeta movido por el mástil del calvario: vela, piloto, viento y tenebrario próximo a rebasar la última meta.

Hora sexta; una voz fuerte completa, con el drama, la vida del osario. La madre tierra se hace relicario y al hijo muerto con su seno aprieta.

Los surcos del Antiguo Testamento se han sembrado de estrellas y un lamento se oye en el templo con dolor de velo.

Frunce el terror las almas y la boca y bajo el falso cielo de una roca germina Cristo y se encarcela un cielo.

RESURRECCIÓN

Sobre el Verbo un enjambre de luceros entre gritos de estrellas verticales, en rápida ascensión a los panales que endulzan en los triunfos verdaderos.

Marca la luz los claros derroteros que besan en los puertos celestiales. La Muerte tuvo entrañas de cristales por donde huyó el Amor a otros senderos.

En esta Aurora-Flor cifra el creyente el beso del laurel sobre su frente en el postrer aliento de la historia.

Que duermen mil semillas enterradas, en las frías necrópolis talladas, sus ansias de ser flores en la gloria.

ANGEL GARRIDO

SOLEDADES

*A mis compañeros, los
telegrafistas de las Salas
de Aparatos.*

Gris el cielo, plateado
suavemente por la luna.

En un ambiente encalmado,
la calle parece una
decoración olvidada
de un escenario remoto:
¡Ni un alma por la calzada!
De una radio, el alboroto,
se filtra por un balcón
—cerrado, naturalmente—
y es una profanación
o un detalle impertinente.

Ha llovido, y el aroma
primaveral nos encanta...
¡Huele a mujer, a paloma
torcaz y a Semana Santa!

Retrocedemos de un salto,
sin querer, a juveniles
años de cielos cobalto
y amores de quince abril...

Y hay una palpitación
violenta en nuestro ser...
¡Por qué otra vez la ilusión
no cumplida, padecer!..

La calle se va apretando
como si tuviese frío...
Poco a poco, van llegando
las gentes: Son como un río
callado y quieto que espera...
Ya resuenan los tambores...
¡Ya ha salido la primera
procesión de los Dolores!
Enlutadas, ritmo, anhelo
—solo mujeres— son ellas
las penitentes... ¡El velo
me las sugiere más bellas!

Silenciosas se encaminan
por las torcidas callejas
y sus cirios iluminan
vividitas estampas viejas.

¡Ojos fulgurantes, ojos
que no miran y que imploran!
¡Virgen Soledad, qué enojos
del hombre los tuyos lloran!
Y yo, ¿qué ensueño perdido
busco en las sombras que pasan?
¡Su nombre aflora escondido
entre mis labios que abrasan!..

Queda, sudario de amores,
de la Virgen, bajo el manto...
¿Es hoy Viernes de Dolores
o acaso ya Viernes Santo?..

Vuelvo pronto a la tarea,
despierto, pero no en calma;
aún tengo pronta la idea
y transidos cuerpo y alma...
Viene el relevo y el día.

—Sin novedad, camarada—.
El sol alienta la fría
firma de la madrugada...

ALEJANDRO LUIS

ESTAMPAS LIRICAS

Días Santos

*De guión, una Cruz.
La humanidad se muestra arrepentida...
—¡Inquieta Primavera que, a la vida,
trae, de nuevo, lo humano, con su luz...*

*La agonía del Cristo
y su palabra cálida en la mente...
—Un clavel, al abrirse, por lo visto,
ha expandido su aroma en el ambiente...*

*Llanto de las Marías que no saben
qué dulce pena lloran...
—Misticismo, tristeza... ¡Qué suave
suspira Magdalena pecadora!*

*Jesús rinde vencido
su cabeza gigante...
—Sensualidad... Los ojos conmovidos,
refulgen un instante...*

*Grito desgarrador...
La Madre, sin ver, mira al Crucifijo...
—Amor, eterno amor,
que a través de la carne busca el hijo...*

*Santos días, costumbres legendarias
que el corazón perfuman...
—Las violetas y las pasionarias
los sentidos abrumen...*

*Del Hombre es consumado el Sacrificio:
Ved el Camino, la Verdad, la Vida;
tomad la Cruz; seguid la senda austera...
—Pasan siglos... Vuelven de los Oficios,
lentos, los fieles... ¡Almas encendidas
por los efluvios de la Primavera!..*

ALEJANDRO LUIS

CAMINO

Muerte y Resurrección

En el crecer de la espiga
ví, Señor, tu laboreo...

En el fulgor de una estrella
te he visto, Señor, despierto...

Tu sonrisa, en una flor,
y en una Cruz, de Amor, muerto...

...Pero después te he mirado
con arrobó, y no era en sueños,

cuajado, como la espiga,
deslumbrante, en tus destellos,

como la flor, aromándome
y vivo —¡vivo!— en mi pecho...

ALEJANDRO LUIS

A LA HORA DE NONA

*¡Muda la inmensidad! Sobre la cumbre
de altivo monte el Salvador moría,
mientras en torno de la cruz bullía
beoda de placer, la muchedumbre.*

*Un vaho de infinita pesadumbre
por doquiera la atmósfera vertía,
y de los ojos del Señor surgía
tranquilo mar de redentora lumbre.*

*¡Cuánta desolación! Naturaleza
desbordaba torrentes de tristeza
al ver morir al Hacedor bendito.*

*Y en tanto que el Maestro agonizaba
como huérfano el Sol, triste bañaba
con sus lágrimas de oro el infinito.*

F. CAMPOS ALONSO

EL GRECO OTRA VEZ

Tenemos en España pocos cuadros de la primera época del Greco, no obstante, existen los suficientes para comprobar que el Greco pintaba como sus contemporáneos —Tintoretto, Verones, Bassano y su maestro Tiziano—. No se percibe mayor diferencia entre sus cuadros y los de Tintoretto, que la que existe entre un Tiziano y un Veronés: dos pintores distintos, pero una escuela, un estilo, una época. ¿Acaso se puede presentar con claridad su estilo posterior? No; decididamente no.

¿Eran los modelos del Greco «de su estilo», o era el Greco quien los pintaba «a su estilo»? Parece como si el gran pintor hubiese vestido a todos sus modelos de la misma forma para obligarse a sí mismo a dar una mayor individualidad. De lejos, todos sus retratos parecen del mismo personaje: Caras estrechas, con cabezas grandes y narices largas. Pero no era un mero capricho lo que le condujo a esta forma, ni tampoco el deseo de ser llamado loco, costumbre y anhelo de artistas a fines del siglo XIX. Este griego es el que mejor ha entendido y sabido expresar la raza y el carácter español de la época, en que los seres eran intelectuales y religiosos, aristócratas y campesinos. Aún, hoy día, se ven «sus modelos» entre la aristocracia y verdaderos campesinos, aunque la mayor parte de caras «Grequistas» la da en nuestra época la sufrida burocracia, pero con la tristeza de que los intelectuales, aristócratas y trabajadores difieren bastante de los que él pintara.

El Greco describió en sus rostros lo que aún les quedaba de oriental; vió claramente que los hombres casi nunca tienen la nariz derecha, ni simétricos los ojos y la boca. Vió un ojo más alto que otro, una boca torcida y cada oreja de distinto tamaño. Es decir, vió la verdad, y como era un gran realista, así la pintó, dejando que fuera su colorido lo que lo unificara todo.

Está muy difundida la idea de que el Greco dibujó sus figuras estilizadas y desproporcionadas. Es un gran error. La proporción que da Durero para la mujer es de «once rostros menos medio tercio, iguales a la longitud del suyo cada uno». Pacheco dice, «que, el rostro, desde la barba hasta lo alto de la frente, donde nace el pelo, es la décima parte de la altura del hombre bien proporcionado». Y Leonardo de Vinci dice que el hombre «tiene diez veces la longitud de su rostro en la altura». Habiendo copiado bastante al Greco, puedo asegurar que ninguna de las figuras que he medido excede de las proporciones citadas.

Sus manos, que tanto se critican, son magníficas. Comparándolas con las del Divino Morales, vemos que éstas son menos realistas, ya que Morales solamente concebía manos que nunca fueron usadas para nada. Las del Greco, siendo tan largas y espirituales, son manos, en cambio, que han tenido contacto

con la vida, que trabajaron y que, a pesar de ello —o quizá a causa de ello— son más espirituales que las que pintó Morales.

Personalmente, considero maravillosa la forma de pintar ojos del Greco. No hay otro pintor que lo mejor. Sus ojos no están sujetos a los párpados; el globo entero parece estar dispuesto a moverse en cualquier instante (es que se mueve), y no como tantos que conocemos —Velázquez, por ejemplo— que parecen pintar ojos artificiales soldados a unos párpados. Pintó el Greco unos ojos tan ajustados a la verdad, que se puede ver en ellos la película de humedad lacrimal semitransparente que baña siempre el globo ocular.

El Greco es el único pintor que, siendo despiadadamente realista, pintó el misticismo y la espiritualidad. Este es uno de los mayores motivos del desarrollo de su pintura. Para conseguir dar vida —palpable y esencialmente viva—, empleó acentuadamente el claroscuro, resaltando por consiguiente sus colores peculiares. Y con el claroscuro obtuvo mayor realismo en sus composiciones místicas.

Al igual que los venecianos, pintaba con ténpera y luego añadía el óleo. Solía dibujar y casi pintar los perfiles de una cara con gris y carmín, luego sacaba las luces con óleo, pinceladas finas, que raramente van sobrepuestas al ténpera, pero que forman una unión tan perfecta que apenas se perciba. Era un genio mezclando colores: azul veronés, carmines claros, que cambian de tono hasta llegar a un fino clarete, amarillos y verdes que dan las gamas de limones en sus distintos estados de madurez; colores, en fin, armonizados de tal manera que nadan juntos sin contornos que los estropeen. Sus colores básicos fueron el carmín, el amarillo y el gris. Especialmente el gris, pues fué él y no Velázquez el primero en emplearlo para todo.

El defecto más corriente entre maestros es su inhabilidad de formar masa de figuras, unidas en un solo propósito moral o espiritual, entre las cuales no deje de «circular el aire». La mayoría solamente llena lienzos con figuras que fueron, son y estarán siempre igual —eternamente las mismas personas, haciendo lo mismo— y en los que, aparte de los principales personajes, motivo del cuadro, todo lo demás es un «llenahuecos», un relleno que apenas tiene relación con el tema; no existe un lazo de unión.

El Greco no pintaba «escenas», pintaba «cuadros» donde las figuras están indisolublemente unidas entre sí, física y espiritualmente, con unidad de propósito y criterio. En sus cuadros, al revés de lo que suele ocurrir, la composición entera se basa sobre la parte superior de sus cuadros, en la parte «mística», y ésta está tan maravillosamente compenetrada con las figuras de la parte inferior, que sería imposible partir horizontalmente ninguno de sus cuadros, separando lo de abajo, lo terrenal, de lo místico de la parte superior.—PINCEL.



Esa chusma soez y descarada que ha cercado a Jesús en el momento en que Dios va a morir, siembra en el viento la blasfemia de su alma depravada. El músculo deicida, la pesada madera predispone, del tormento; mientras, Jesús, doliente, sin lamento, siente arrancar su túnica encarnada. Un remanso en la furia de la escena son los ojos de Cristo Redentor, hechos luz que las lágrimas deshacen. Sube al Padre la súplica serena del Hijo triste, exámine: «Señor, perdónalos, no saben lo que hacen!»



La tierra se rasgó, la losa fría tres fechas aprisiona el Salvador con un gélido beso, y su estertor estremece al planeta, de agonía. El Hijo resucita al tercer día como rayo de luz; su resplandor destruye las tinieblas con fulgor de suprema esperanza y alegría. Tremola su bandera sacrosanta hecho paz el perdón. El Hombre lleva la mirada de amor, y amor difunde. Y el dilema está aquí que el pintor canta el pecado perverso que se hunde y el Espíritu Puro que se eleva.

A. Delgado

Acontecimientos de Ayer

Abril del año 1614

Muere en Toledo Domingo Theotocópuli, el Greco

Este original pintor nació en Candia, isla de Creta, en el año 1548.

Estudió en Venecia, siendo tal vez discípulo de Tiziano, hecho que él mismo confiesa al decir que quiere cambiar de estilo para que sus cuadros no se confundan con los de aquel maestro.

Se trasladó a España, y hacia el año 1576 vino a Toledo contratado por el Deán de la Catedral Don Diego de Castilla, para pintar los retablos del Convento de Santo Domingo el Antiguo, encargándole más tarde el Cabildo Catedral el cuadro del Expolio, con marco y retablo; este cuadro lo terminó en 1587, cobrando por la pintura 119.000 maravedises y 200.600 por retablo y marco.

Escaseaban los encargos, y entonces decide, en 1588, marchar a Sevilla, donde trabajó activamente y ganó mucho dinero.

A su vuelta, se instaló definitivamente en nuestra ciudad, viviendo fastuosamente con su familia y discípulos en el palacio del Marqués de Villena, cuyo edificio debió haber existido en lo que hoy es Paseo del Tránsito, y allí realizó muchas obras que hoy son la admiración del mundo entero, entre ellas el Entierro del Conde de Orgaz.

El 7 de Abril de 1614, falleció este gran pintor. Su cuerpo fué llevado al Monasterio de Santo Domingo el Antiguo, y una vez terminados los funerales, se le depositó en una bóveda que había adquirido para él y su familia.

RAMÍREZ DE DIEZMA

LUCES Y SOMBRAS DE LA SEMANA SANTA

Por JOSÉ MARÍA MANSILLA
Profesor del Seminario de Toledo

Toledo, sugestivo mirador de bellas hondonadas, vegas azules y graciosos montecillos. Duermes embriagada a la sombra de tus almenas orientales que asaetean tus atardeceres con lamentos apasionados de una canción árabe. Cien ermitas estrechan en apretado cerco tu superficie, escribiendo en la cinta verdeante de tus ribazos una sinfonía solemne de fervor mariano; aún vives de los recuerdos de tus escuelas de traductores y te agobia el peso de la grandeza imperial de tu Alcázar mutilado, ayer trono de Caballeros y hoy altar y supulcro de héroes y mártires. Tus rincones, saturados de lirismo, riman en los aires animadas estrofas conjugando lo mudéjar y lo gótico. Cruces señeras levantadas por la fe, señalan a través de tus calles Vía-Crucis de penitencia.

Medita y reflexiona.

LUCES DEL CALVARIO

Una cruz sangrante, Cristo que muere, tristeza en Jerusalén, cobardía y protesta.

María.—El Calvario representa un ideal de amor llevado hasta las últimas consecuencias. Creo en los testigos que se dejan matar. Creo en Jesús que amó y se entregó a la muerte por mí.

La Virgen es luz que ilumina. La verdadera Madre, el único descanso y apoyo valiente y con el corazón destrozado, no se arredra ante las dificultades y la tragedia. Limpia como una azucena. Elegante como Virgen. Heroica como Madre. Sigue a su Hijo cuando triunfa y cuando fracasa; cuando le aplauden y cuando le insultan. Ama hasta el sacrificio.

Piensa, cristiano. ¡Hasta las últimas consecuencias! Tú, que te cansas cuando los Mandamientos imponen obligaciones, cuando la pureza te cuesta, cuando la honradez en el cargo te abrumba, cuando las mofas de las gentes te acobardan. Contempla a la Virgen. Contrasta conductas. Jesucristo está en un Calvario con sus ministros los sacerdotes, a quienes se persigue; en su Evangelio, que se interpreta arbitrariamente; en las costumbres corrompidas; en las diversiones procaeces; en la sensibilidad y pulso católicos, que se endurece y flaquean... Mira una postura. La Virgen. ¿La imitarás?

La Verónica.—La mujer decidida. Quiso con voluntad firme. Vence los respetos humanos, y triunfando de aquel ambiente ahito de sangre y furor, llega hasta la calle de la Amargura. Enjuga el rostro del Redentor. Y en premio, stampa en sus pliegues la imagen del Maestro. Qué buen premio, Verónica.

En el mundo de hoy. El que vence los respetos humanos y el qué dirán. El que en sus negocios se siente con fuerzas para no delinquir. Los que en sus empresas no se olvidan de la gloria de Dios. Los que defienden su castidad como torre inasequible a la salpicadura sensual. Los que resisten el influjo del tiempo sin adocenarse. Los que saben mantenerse incólumes en medio de esta terrible prevaricación. Los que conservan sus amores con estilo cristiano... Los padres que vigilan la vida de sus hijos. Los esposos que cuidan la pureza de su hogar. Los que no conocen la traición aunque la gente se ría. Los que no hacen caso de las circunstancias del tiempo...

María Magdalena.—Pecadora y sensual. Había llenado de escándalos su juventud. Con sus perfumes envolvía en olas de lascivia los caminos de sus pensamientos y de su corazón. Ha visto al Maestro. Rompe con energía los vínculos del mal. Llega a enamorarse de veras. Se entrega al Maestro.

Ha quebrado sus frascos de esencias para ungir la cabeza y los pies de Jesús, y los limpia con su cabellera, antes ensortijada como nidos de pasión. Lo ha dejado todo. Se arrepiente. Va más allá del prendimiento. Sube la pendiente del Calvario y se abraza a la Cruz en espera del río de sangre que arrastre sus miserias y no deja ni a Jesús ni a María.

¡Qué bello contraste! ¡En cuántas almas se encierra la Magdalena santa! Les falta el romper aquella amistad, aquel nivel de vida que no le pertenece, aquel lugar que frecuenta, aquel infame exhibicionismo, aquella voluntad firme que le ponga al margen de los peligros y de las ocasiones...

SOMBRAS DEL CALVARIO

Judas.—Era el apóstol que gozaba de distinción. Tal vez lo hizo Jesús para ver si reaccionaba. De los elegidos. Protesta de que la Magdalena

derrame el unguento. Se pegó al dinero. Venó a su Señor por treinta monedas. Y en el Huerto le da un beso para dar a conocer a los enemigos quién era.

Cuántos católicos besan a Cristo en la Comunión de cada día para entregarle en el huerto de sus ocios y cargos. Quieren cubrir con esa capa de piedad los horrores de sus heridas purulentas. Jóvenes de blanco rostro y descompuestas en su pureza. Cristianos hipócritas que se enquistan en organizaciones católicas para sembrar el descontento.

Gentes que torpedean el bienestar social, murmuradores del que manda con esa literatura de descontentos. Los que dan buenas palabras y venden por un billete el honor de su cargo comerciando con el hambre de los pobres... ¡Cuántos Judas y cuántos cristianos traidores en convivencia con credos y costumbres inconfesables!...

Pilatós.—El hombre cobarde que no encontrando causa, condena a Jesús porque lo piden las turbas. Se impone el populacho. Se lava las manos. Guante blanco llamaríamos ahora. Cobardes los que condenan a ciudadanos que cumplieron con su deber porque lo pide la chusma y el conciliábulo. Los que desertan de su honradez porque los demás lo hacen, los que desmayan ante los ejemplos de sus compañeros. Los que guiados del nepotismo, cometen flagrantes injusticias. Los que por temor no sientan la mano castigando al culpable, los que dan suelta a Barrabás en vez de a Cristo.

Pilatós los cristianos transigentes, los que alternan la Iglesia y la sala del placer. Los que se fingen amigos para engañar. Los que hablan bien delante y acuchillan detrás.

Pedro.—Apóstol y cabeza del Colegio. Que niega a Jesús ante la voz de una criada en el atrio del Pontífice. El que deserta cobardemente en el Huerto. El que no se atreve a subir hasta el Calvario. El que jura y perjura no no haberle conocido. Los que niegan su filiación de cristianos. Los que tienen una idea y la abandonan para creer. Los que traicionan siendo amigos después de haber logrado lo que pretendían.

Meditemos y reflexionemos. ¿Somos luz o sombra?

MANCHAS DE COLOR

Pasión y muerte de Juan, el Santo niño de La Guardia

Una luminosa mañana del mes de agosto, en que el sol ofrenda su cálida caricia a las milenarias piedras de nuestra gloriosa Catedral, descienden por la gótica puerta del Perdón, una mujer ciega, Juana la Guindera, a la cual, sirve amorosamente de lazarillo su hijo, el pequeño Juan, que apenas cuenta cuatro o cinco años.

Vienen los dos desde el barrio de San Andrés, como todos los días, a postrarse de hinojos ante el Cristo Tendido, para hacer su ofrenda de oraciones y humildad.

Y mientras la madre ciega queda elevando sus preces al Altísimo, Juanito sale al claustro bajo de la Catedral, por la puerta que llamamos de la Presentación...

Allí, encuentra a un hombre sencillo, de pueblo, que tras de mirarle cariñosamente...

JUAN FRANCO.—¡Hola! querido niño... ¿Acaso no me conoces...? ¡Soy tu tío...! y... ¡te traigo muchas cosas...! Verás que regalos tan bonitos... Mira estos zapatos... te gustan ¿verdad...? Pues son para ti... tómalos... ¿y este sombrero tan lindo? pues... también es para ti...

JUANITO......—¡No sé si tomarlos... porque no os conozco...!

JUAN FRANCO.—¿Que no conoces a tu tío...? ¡Vamos, no seas desobediente, que tus padres se enojarían al saberlo...!

JUANITO......—Si es así, y sois mi tío como decís, os obedeceré.

JUAN FRANCO.—¡Bien, así me gusta, y en recompensa serás premiado... Vendrás ahora mismo a mi casa, y te daré más cosas que allí tengo...! ¡Ah, y también caramelos, muchos caramelos... anda, vamos...!

JUANITO......—Pero antes iré a que mi madre me otorgue el permiso...

JUAN FRANCO.—¡Tu madre dices...! ¿pues donde está tu madre?

JUANITO......—Dentro, en el templo rezando.

JUAN FRANCO.—Pues mira, me parece, que lo mejor que podemos hacer, es dejarla que rece, y mientras tanto, nosotros iremos a mi casa y te daré lo que te he prometido...

JUANITO......—¡Es que...!

JUAN FRANCO.—¡Vamos, sígueme, obedeceré... pronto estaremos de vuelta y tu madre se alegrará al vernos... anda, que no debemos tardar...

Juan Franco, que así se llama el hombre que dice ser tío del niño Juanito, toma de la mano a éste y reprimiendo su impaciencia, suben los escalones de la puerta del Perdón, salen a la calle perdiéndose en seguida por el dédalo de callejones y encrucijadas hacia las afueras de Toledo, donde le espera un carro, al que hace subir al niño; y arreando a la caballería, se aleja al galope por la polvorienta carretera, camino de Quintanar.

Mientras tanto, allá en la Catedral, la desventurada ciega...

CIEGA......—Juanito.. hijo mio, ¿donde estás...? ¿Porqué me abandonaste...?

UN HOMBRE.—¿A quién llamáis, buena mujer?

CIEGA......—¡A un pedazo de mi corazón...! ¡a mi hijo Juan...!

UNA MUJER.—¿A quién buscáis, pobre ciega?

CIEGA......—¡A mi Juanito, al hijo de mis entrañas...!

UN HOMBRE.—¡No os afijáis, tal vez esté jugando, que cosa de niños es...!

CIEGA......—¡No, mi corazón me dice que algo grave le ha de pasar...!

UNA MUJER.—Sosegaos... no estará muy lejos.

CIEGA......—¡Muy lejos, dice mi corazón que está... cuando a mis lamentos de madre no acude... ¡Juan... Juan... Juan...!

Mientras la angustiada ciega, a golpes de bordón, se aleja en la noche eterna de su ceguera en busca de su hijo, Juan Franco, que así se llama el judío raptor del niño, fustiga a la caballería deseoso de llegar cuanto antes junto a sus compañeros...

Sucedió por aquel entonces, que a los judíos de Toledo les habían dicho, que fabricando un hechizo, con éste podían



dar muerte a todos los inquisidores de la ciudad; más para ello, era necesario que entre los ingredientes, y como elemento indispensable debía figurar el corazón de un niño cristiano... y por tanto, había que buscar al niño para arrancarle el corazón... y con él, fabricar el bebedizo que habían de administrar a los inquisidores toledanos...

A tal fin, comisionaron a Juan Franco, judío converso, vecino del pueblo de La Guardia, que por ser de oficio trajinante, no le sería difícil llevar a cabo su criminal propósito, como así fué, cometiendo su vil acción, precisamente el día de la Asunción.

Llegado que fué al pueblo de Quintanar, los judíos que le esperaban con impaciencia, le recibieron con gran alborozo, al ver el éxito de su empresa.

Para no causar sospechas entre las gentes del pueblo, propalaron, que el niño era hijo de Juan Franco, habiendo sido criado en una aldea; pero al poco tiempo, lo trasladaron a La Guardia, donde estuvo más de seis meses, sometido a duros tratos y a rudos trabajos, mereciendo la compasión de las gentes, por las injusticias del falso padre y la humildad y re-

signación con que Juanito sobrellevaba su mala fortuna.

Llegado el momento que los judíos creyeron oportuno, y que había de coincidir con el tiempo en que se llevó a cabo la ignominiosa pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, la cual querían fuese un fiel reflejo de lo que harían con el niño, decidieron que el día 14 de la luna de marzo, que cayó aquel año en un viernes 31 del mismo mes, fecha en que murió Cristo, otro mártir de Toledo, el niño Juan, fuera inmolado de la misma manera, sirviendo al mismo tiempo de vil parodia y escarnio, la tragedia del Gólgota.

Para no ser descubiertos, deciden salir cuanto antes de La Guardia, y en una cueva de las muchas que allí existen, a unos cuantos kilómetros del pueblo, se reúnen en concilio once judíos, repartiéndose los cargos, no sin agria disputa, para representar más realmente su infame cometido.

Cambian el nombre del niño Juan por el de Cristóbal, cuyo significado es que lleva en sí a Cristo, y le trasladan a un huerto, para que allí ore, mientras ellos preparan los instrumentos del martirio, y Juan Franco asume el papel de Judas...

A empellones brutales le hacen salir del lugar de oración, al mismo tiempo que rodean su blanca garganta con una cuerda, y con otra ligan sus débiles manos. Tirando despiadadamente de él, se encaminan a un monte cercano, llevando látigos, espinas, clavos, martillo, esponja, lanza y cruz, ésta, formada por dos toscos maderos...

Ningún detalle se escapa a la refinada crueldad de sus verdugos.

Le presentan ante Anás y Caifás, sometiénolo a hipócrita interrogatorio, cuyas respuestas son los débiles sollozos del tierno infante.

En cambio, las acusaciones son las mismas que hicieron a Jesús, con las mismas befas, con el mismo escarnio y con los mismos ultrajes; con las mismas bofetadas y con las mismas injurias, al mismo tiempo que gritaban:

¡Muera el encantador que engaña a las gentes!

¡Que trastorna a los pueblos!

¡Que se llama Rey de los judíos!

...y como a Cristo, le llevaron por segunda vez ante Pilato, que presentándole al pueblo.

PILATO.—¿A cuál de los dos queréis que deje libre, a Jesús o a Barrabás?

VOCES.—¡A Barrabás! y muera el embustero...!

Y como a Cristo, le despojaron violentamente de sus ropas, y azotaron sus espaldas con látigos...

Hicieron una corona de espinas, y la incrustaron salvajemente en su cabeza, mezclándose el rubi de la inocente sangre con el oro de sus cabellos..., mientras le abofeteaban y llenaban su rostro de salivazos...

Y como a Cristo, le conducen de nuevo ante Pilato, que fingiendo compasión...

PILATO.—¡Ecce Homo! Mirad como está ya vuestro Rey, tan desfigurado, que apenas parece hombre...

VOCES.—¡Crucifícalo... crucifícalo...!

Y como a Cristo, el nuevo Poncio, después de lavarse hipócritamente las manos, lo entregó a sus amigos, para que lo crucificaran... y despiadadamente le hicieron cargar con la cruz y subir por la falda de

un cerro. Una vez en la cumbre, le tumbaron boca arriba encima de la cruz, le clavaron pies y manos en ella, y le elevaron...

Entonces, el judío Benito García de las Mesuras, en el paroxismo de aquella cruel locura, con su cuchillo hirió un brazo y en un caldero recogió la sangre que manaba de la herida, y con el mismo cuchillo, empezó a buscar el corazón del niño en el costado derecho, revolviendo las entrañas sin dar con él...

El niño, en un supremo esfuerzo, con voz desfallecida...

JUANITO...—¿Qué buscas judío?

MESURAS.—(Excitado) ¡Busco tu corazón!

JUANITO...—¡Si buscas en ese lado mi corazón, te equivocas... en el otro lado lo encontrarás!.

Hirió el costado izquierdo, buscó el corazón del niño, lo encontró, y con sumo cuidado, lo roció de sal para conservarlo mejor...

Un postrer suspiro se escapó de aquel flácido cuerpo, en busca de Dios, un viernes 31 de marzo del año 1491; luego, desclavaron aquel despojo humano, lo arrastraron hasta una viña, cavaron un hoyo, fué envuelto en un paño y lo enterraron junto a donde hoy se alza la iglesia de Nuestra Señora del Peso.

Los malvados ya tenían el elemento principal para sus maquiavélicos planes; ahora sólo les faltaba una Hostia consagrada, la cual les fué facilitada por Juan Gómez, sacristán de la iglesia de La Guardia, cristiano nuevo, al que sedujeron con ofrecimientos de ropas...

Juan Gómez, valiéndose de la confianza en él depositada como servidor del templo, poco trabajo le costó efectuar su sacrilego hurto...

Corazón humano y Hostia consagrada—sentimiento sacrosanto y cielo inconfundible—son entregados a Benito García de las Mesuras, para que con ellos fuera a la sinagoga de Zamora, la más principal de Castilla después de la de Toledo, y allí, los rabinos harían el hechizo mortífero para los cristianos.

El corazón del niño fué envuelto en un paño, y la Sagrada Forma colocada en un devocionario. Con estos preciados elementos, el israelita Benito parte para Zamora, al paso castellano de su cabalgadura, mientras en el pueblo toledano de La Guardia quedan sus compinches, esperando impacientes el resultado de sus gestiones.

Tras varios días de caminar, en ruta hacia Zamora, el judío Mesuras avista en el horizonte las murallas de Avila, la ciudad mística, patria de Santa Teresa de Jesús, y allí decide descansar.

Su curiosidad le guía hacia la Catedral, adonde dirige sus pasos. Una vez dentro del templo, para no llamar la atención se postra de rodillas, saca el devocionario y finge rezar...

Al instante, un grito de admiración y asombro, apenas es contenido por los circunstantes. Del breviario se espargen resplandores sobrenaturales, que es observado por todos, menos por el judío...

HOMBRE 1.º—¿Se tratará acaso de algún milagro..?

HOMBRE 2.º—Debe ser un santo varón, cuando Dios Nuestro Señor tal permite...

HOMBRE 3.º—¡Sale del templo!

HOMBRE 1.º—¡Sigámosle!

HOMBRE 2.º—¡Mejor será que demos cuenta a la autoridad eclesiástica!

HOMBRE 3.º—¡Sin perderle de vista, que santo debe ser!

García de las Mesuras sale del templo y va hacia la posada, sin sospechar que

es seguido de los fieles. Una vez allí, pide de comer; los criados le sirven...

Cuando ha concluido, se levanta de la mesa y se dispone a descansar; pero en estos mismos momentos llegan los alguaciles de la Inquisición.

ALGUACIL 1.º—¡Forastero! ¿Quién sois y adónde vais?

ALGUACIL 2.º—¡Vamos, responded!...

MESURAS...—(Muy agitado y temblando). Soy... un honrado caminante... que a nadie ha hecho daño... podéis dejarme en paz...

ALGUACIL 1.º—¿Qué hacéis en Avila?...

MESURAS...—¡Estoy solamente descansando!...

ALGUACIL 2.º—¿Hacia dónde camináis?

MESURAS...—¡Hacia Zamora!...

ALGUACIL 1.º—¡Bien, pues si sois un hombre justo, como así parece, no tenéis por qué temblar... Seguidnos y os ayudaremos...



De mal talante acompañó Mesuras a los ministros de la Inquisición, tomando a partido la sumisión y la hipocresía, creyendo que con estas mañas escaparía mejor. Llegados ante el Santo Tribunal, los inquisidores...

INQUISIDOR 1.º—¡Decidnos, buen hombre!... ¿Sois por ventura tan justo para que Dios obre en vos milagros?...

MESURAS...—¿Milagros decís? (Temblando). ¡Pues no os entiendo!

INQUISIDOR 2.º—¡Sin duda alguna, vuestra sencillez cautiva!... Pero nos explicaréis el prodigio que los fieles han visto cuando orábais en la Catedral...

MESURAS...—¡No sé de lo que me habláis, y lo mejor sería que me dejáseis marchar!...

INQUISIDOR 2.º—¡Pero no sin antes saber!... MESURAS...—¡Por Cristo vivo!... que aunque os empeñéis no hablaré...

INQUISIDOR 2.º—¿Luego, debéis hablar?...

MESURAS...—(Temblando). ¡No quise decir eso!...

INQUISIDOR 1.º—¡Y sospecho que algo de extraño hay en sus palabras!... ¿no os parece?...

INQUISIDOR 2.º—¡Lo que me parece es que es un redomado truhán... y que un delito nos oculta!...

INQUISIDOR 1.º—¡Buen hombre... habréis de saber que, tarde o temprano, la verdad confesaréis!...

INQUISIDOR 2.º—¡Decidnos... ¿a qué habeis venido a Avila?

MESURAS...—¡Descanso... y a Zamora me dirijo!...

INQUISIDOR 2.º—¿Sois por ventura de allí?

MESURAS...—¡Soy toledano!

INQUISIDOR 2.º—Y... judío converso... ¿verdad?

MESURAS...—¡Si! Pero ¿qué mal hay en ello?...

INQUISIDOR 1.º—¡Ninguno, antes al contrario, si sois sincero en vuestras creencias y si de corazón os habeis convertido a la verdadera doctrina, que es la de Cristo!...

MESURAS...—¡Así es mi fe, señores inquisidores!...

INQUISIDOR 2.º—¡Bien, pues entonces... ¿por qué tiembblas?...

MESURAS...—(Temblando). ¡Señor... yo... no tiemblo!...

INQUISIDOR 1.º—Y siempre será mejor para tí que digas la verdad...

MESURAS...—¡Señor, yo!...

INQUISIDOR 2.º—¿Por qué te llevas las manos al pecho? ¿Qué ocultas con tanto celo?...

MESURAS...—(Exaltado). Nada... yo no oculto nada...

INQUISIDOR 1.º—Calma, hijo mio... calma.

MESURAS...—(Exaltado). ¡Dejadme en paz!...

INQUISIDOR 2.º—¡Registradle!

MESURAS...—¡No... eso nunca!...

INQUISIDOR 1.º—¡Nuevamente te recomiendo calma... será mejor para tí!...

MESURAS...—(Sigue cada vez más exaltado). Hablaré... hablaré... pero con una condición...

INQUISIDOR 2.º—¿Qué condición?

MESURAS...—¡Que habeis de perdonarme la vida!...

INQUISIDOR 1.º—¡Habla pues!...

Y Benito García de las Mesuras confesó a los inquisidores cuanto él y sus correligionarios hicieron con el pobre niño secuestrado en Toledo y los fines que perseguían. Cuando hubo terminado su relato, quisieron los inquisidores rescatar las tan preciadas reliquias: el corazón del niño...

MESURAS...—¿Qué es esto? ¿Dónde está el corazón? Yo mismo le envolvi en este pañuelo... No se ha podido perder. ¿Dónde está? (Casi loco). ¿Dónde está?

En el breviario encontraron la Sagrada Forma, y con gran reverencia, fué depositada en el convento de Santo Tomás, donde aún se conserva incorrupta, a pesar de las casi tres centurias que hasta nuestro tiempo han transcurrido.

Ni que decir tiene que, una vez revelado por Mesuras el nombre de sus cómplices y el lugar donde se ocultaban, fueron apreados, pagando el horrendo delito cometido.

Caminante, si en tu obligada visita a nuestra maravillosa Catedral te adentras por la gótica Puerta del Perdón, al descender por sus pietraes escalones, después de oír la salmodia de los mendigos harapientos, como escapados del retablo de Agrellano, lanza tu mirada a derecha e izquierda y verás en sus muros dos obras de crudo realismo debidas a los pinceles del genial Bayeu; en la primera, un niño perseguido por judíos, y en la segunda, este mismo niño clavado en la sacrosanta Cruz, y al pie un sicario escarbando en las entrañas del infante en busca de su corazón.

JUANITO...—¿Qué buscas, judío?

MESURAS.—(Excitado). ¡Busco tu corazón!

JUANITO...—¡Si buscas en ese lado mi corazón, te equivocas... en el otro lado lo encontrarás!...

PABLO GAMARRA

(Fotos Rodríguez)

CHORIZOS Y POLACOS EL SÍMBOLO DE CONCHA ESPINA

El telón está a punto de caer. La flor de la mosquetería (1) sigue en división de opiniones. Tan pronto se ha gritado ¡abajo los chorizos!, como ¡abajo la polaqueña! (2).

El Teatro del Príncipe había ardidado, y sus huestes faranduleras representaban en el Corral de los Caños del Peral, alternando con una compañía de ópera italiana. En el últimamente citado coliseo, se preparó el pateo, premeditado, de la obra que más adelante citamos. Es el día 24 de Enero de 1806. Don Leandro Fernández de Moratín estrena, en el Teatro de la Cruz, «El sí de las niñas».

Llena la sala en todas sus localidades: aposentos, lunetas, e incluso la cazuela. Por fin, ha bajado el telón por postrera vez. Pese a sus detractores, la comedia ha resultado un triunfo.

De ello nos habla don Benito Pérez Galdós en «La Corte de Carlos IV». Una descripción repleta de atractivo, que nos hace vivir una sensacional noche de estreno. Una consecuencia sacamos: en toda época ha habido estrenistas.

Nos cuenta el insigne escritor canario cómo se fraguó el fracaso de la nueva farsa. Las huestes chorriceras fueron presididas por un poetastro, sobre el cual, el autor, acumula adjetivos calificativos. A nuestra mente, acude el recuerdo de otros fragmentos de la citada novela. Comella, autor teatral, que moría de inanición en la calle de la Berenjena.

Comella fué poeta, comediógrafo, dramaturgo, sainetero, etc. Una muestra del mal gusto teatral, entonces imperante. Sus grandes presunciones mal se avenían con su

(1) Mosqueteros: el público que veía las funciones teatrales en los antiguos corrales de pie detrás del patio; vocablo, empleado también, para designar a los componentes de la actual «claque».

(2) Chorizos y polacos: partidarios de los teatros del Príncipe y de la Cruz, respectivamente.

miseria. Los protagonistas de sus obras eran reyes y grandes duques. Muertes, traiciones, hijos espúreos: una síntesis de sus obras. Decorados de grandes plazas; un ejército numeroso al fondo. Mucha fantasía de pésimo efecto; mucha hambre, y muchos arenques en su estómago, por una sola vez, lo que le provocó el fallecimiento por indigestión.

En «La comedia nueva», se vió aludido, Comella, en el personaje de don Eleuterio Crispín de Andorra. Intentó, por todos los medios, que la obra se prohibiese. El censor, Díez González, satirizado alguna vez por Comella en sus obras, favoreció a Moratín. Lo mismo se proyectó para «El sí de las niñas»: comedia que se tachó, infundadamente, de anticlerical.

Imitó a don Ramón de la Cruz: sus obras breves valen más que sus piezas largas.

Vivió en la miseria; plagió a quien pudo; se dejó llevar por las pasajeras modas, y su gloria fué tan efímera como aquéllas; triunfó, en parte, en lo sencillo, por eterno, y fracasó en lo que puso más presunción; intrigó contra todo el mundo, y murió tan prosaicamente como escribió.

En esta vida, abundan los espíritus del mismo carácter. Se dejan arrastrar por la última «sensación», tan breve, como un suspiro. Desprecian lo inmutable, por su proveya edad. Adquirida una fama ridícula, conspiran contra los demás. Es, el sempiterno «quítate tú, para ponerme yo». Hacer sombra al compañero; autoelogiarse.

Vivimos en pleno «siglo del elogio». Abundan los cultivadores del arte, en todas sus facetas, que jamás han tenido un éxito. Pero a pesar de todo, por dárseles de entendidos, se critica, se tira por tierra todo lo divino y humano.

Luciano Francisco Comella Villamitjana, no ha sido un caso único en la historia. Hay muchos, muchos Comella.

A esa mujer de ojos sin luz no le hace falta el brillar de las cosas externas. Su propia espiritualidad llena el mundo de lo interior.

Este bastarse a sí misma, esta auto-satisfacción, es la idea central de una novela de Concha Espina, la mejor de cuantas escribió, que labró con cada minuto del tiempo: la de su propia existencia.

Esta mujer desgraciada es «Mariflor»; resignada y estoica, en «La esfinge maragata»; «Teresina», callada en su poesía; romántica sin saberlo, en «Altar mayor»; «Alicia», que oculta con delicada virilidad sus amarguras, en «Retaguardia».

Entre estas personalidades de claroscuras, se mueve la misma escritura iluminando unas psicologías, nunca mejor aplicada la palabra, que muy poco saben de morbos y complejos, que, únicamente, viven en su verdadera intensidad reacciones eminentemente humanas.

La humanidad, el sano realismo, son características de la literatura espiniiana. Nos ofrece tragedias de difícil naturalidad; mientras, la descripción poética surge, se transparenta, para continuar como incrustada con discreción femenina en el deambular de los personajes. A pesar de su vigor, la obra espiniiana se adivina secretamente modelada por unas manos de mujer. Salta el espíritu, vencedor sobre la materia, sobre la vida. Es el corazón de la escritora que late en sus libros. Es un corazón que sabe de amarguras, que se ha sentido dominado por ellas, pero que por medio de su fe ha vuelto a encontrar en el arte su expresión sublime.

Parece como si quisiera volar en una fantasía poética por encima de la realidad. Así, el paisaje, ese gran protagonista de Concha Espina, resulta ventanal abierto de inquietudes y aspiraciones que, quizás, sirve para desahogar un poco la excesiva magnanimidad de un alma.

Porque Concha Espina es generosa. Ha recibido mucho desagradable, agrio y sombrío. Pero con la respuesta de los seres superiores, ella todo lo transforma dentro de sí misma para devolverlo hecho arte y poesía.

Y, en sus novelas, se utilizan figuras fundidas en el paisaje, sí, pero movidas en una trama de resaca realidad.

Pocos saben que Concha Espina estuvo propuesta para el premio «Nobel». Los demás, aunque lo sepan, no parecen quererlo así.

Porque desde los umbrales de la Real Academia Española, surge una tímida brisa que quizás defina, con una amargura más para la escritora, su mejor y más acabado elogio.

LIBRERIA Y PAPELERIA

G. - M E N O R

Venta de colores "ROSALES"

Óleo.
Tempera.
Acuarela.
Pastel.

Lienzo.
Papel.
Pinceles.
Barnices, etc.

MOLDURAS EN TODOS TAMAÑOS

Comercio, 57.-Teléf. 1405

Exclusiva de venta de la acuarela
Extrafina "ROSAL FORTUNY"

LIBROS DE ARTE

Precios especiales para los
socios de "ESTILO"



RAFAEL GÓMEZ-MENOR, IMPRESOR
Sillería, 13 y 15 y Comercio, 57.—Toledo

